

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA I

EL CABALLERO DE AUBIGNY y un LACAYO

LACAYO

Pero, caballero, son las siete de la mañana y nadie se ha levantado todavía.

AUBIGNY

No importa. Para mí hay siempre entrada. He de hablar a mademoiselle de Belle-isle tan pronto como se levante. (*Sale el lacayo.*) ¿Estará aquí ese hombre todavía? Le he esperado antes de amanecer y no le he visto salir. Quisiera creer que ha sido un mal sueño... Pero no, es realidad. Esta es la misma habitación en que nos despedimos anoche... Esta la ventana por la que me arrojó el billete... ¡No puedo creerlo! Engañarme Gabriela de un modo tan infame... ¡Es imposible!

ESCENA II

AUBIGNY y GABRIELA DE BELLE-ISLE

GABRIELA

¿Eres tú, Raul?... Oí tu voz y me he apresurado a salir.

AUBIGNY

¿Tan pronto?

GABRIELA

¿No dijiste que vendrías muy temprano?

AUBIGNY

Es cierto... Pero como anoche tenías tanta prisa en alejarme, no pensé que tuvieras tanta en volverme a ver esta mañana...

GABRIELA

¿Todavía piensas en ello, Raul?

AUBIGNY

¡Qué quieres! No es uno dueño del pensamiento. He pensado toda la noche para atormentarme.

GABRIELA

¿Atormentarte? ¿Por qué?

AUBIGNY

Recordando tu emoción al alejarme de aquí.

GABRIELA

Estás inquieto..., preocupado... ¿Por qué?... Di...

AUBIGNY

No puedo creer lo mismo de tí. Pareces más alegre que nunca... ¿Es que tienes nuevos motivos para creer realizadas tus esperanzas?

GABRIELA

Sí. ¡Un hermoso sueño!... He soñado que un genio protector me llevaba en sus alas y franqueaba los muros de la Bastilla. Veía a mi padre y me estrechaba sobre su corazón, me besaba y me hablaba de tí, Raul...

de nuestro matrimonio, retardado por las desgracias de mi familia... Y mi padre se consolaba de su prisión, pensando que su hija hallaría en ti consuelo y amparo... ¡Oh, era un sueño dichoso!... Todavía, despierta, ha dejado mi corazón henchido de esperanza...

AUBIGNY

¡También yo, Gabriela; también yo he soñado!

GABRIELA

¿Y tu sueño ha sido triste?

AUBIGNY

Sí, porque he soñado que al alejarte anoche, a pesar de tu promesa, recibiste al duque de Richelieu.

GABRIELA

¿Qué dices?

AUBIGNY

Nada, me cuentas tu sueño, yo te cuento el mío. Nada más.

GABRIELA

Sí. Algo más tienes que decirme.

AUBIGNY

En sueños siempre, me vi en esa calle frente a esta ventana, que se abrió de pronto y un hombre apareció en ella y arrojó un billete y — ¡cosa extraña que hace mi sueño más realidad que el tuyo! — ese billete le hallé al despertar y aquí le tienes.

GABRIELA

¿Es ése?

AUBIGNY

Lee...

GABRIELA

(Leyendo.) «Son las once de la noche y estoy en la habitación de mademoiselle de Belle-Isle; mañana sabréis a qué hora he salido. — *El duque de Richelieu.*» (Hablando.) ¿Qué significa?...

AUBIGNY

Significa que el duque de Richelieu propuso ayer al veros pasar una apuesta infame y la ha ganado.

GABRIELA

¡No comprendo!...

AUBIGNY

Vais a comprenderlo. El duque de Richelieu, a quien me habíais prometido no recibir, entró aquí, en esta misma habitación, apenas había yo salido... El duque de Richelieu abrió esa ventana y arrojó ese papel. ¿Comprendéis ahora?

GABRIELA

¿Qué queréis decir?

AUBIGNY

Lo que sabéis tan bien como yo, seguramente. Lo único que ignorabais es que yo pudiera saberlo. Que yo estuviera allí, frente a esa ventana, y haya permanecido hasta el amanecer esperando que saliera. Porque vuestro honor vale todavía para mí lo bastante para que más de dos hombres puedan conocer vuestro secreto. ¡Esa era vuestra inquietud, vuestro deseo de alejarme por quedaros sola! Creed, que si esperé fuera tanto tiempo, fué porque no hallé una sola puerta franca, porque si hubiera podido llegar hasta aquí, creedlo, os hubiera dado muerte a los dos, aunque os hubierais arrastrado a mis pies, de rodillas, con las manos en cruz, pidiendo que os perdonara.

GABRIELA

Es preciso que estéis loco para creer semejante impostura. ¿Que yo he recibido al duque de Richelieu? ¿Que ha pasado aquí la noche? ¿Sois vos el caballero de Aubigny? ¿Soy yo mademoiselle de Belle-Isle? ¿Hablaís así a vuestra prometida? ¿A quien ha de llevar muy pronto vuestro nombre? ¡Es horrible, Raul; es horrible!

AUBIGNY

¿Y hubiera yo podido creerlo, si no lo hubiera visto por mis ojos?... ¡Y aun así! ¡Os amo tanto, confiaba en vos tanto, que aún hubiera dudado!... ¡Pero este billete!... ¿Cómo explicaréis...?

GABRIELA

¿Qué queréis que responda? Yo tampoco puedo explicármelo... Alguien ha podido entrar aquí sin que yo lo sepa.

AUBIGNY

¿Sin ser oído? ¿Y quién le abrió las puertas? Están bien guardadas. Ahora mismo me impedían a mí la entrada... ¡Ah, Gabriela, Gabriela! Comprendo lo que ha sucedido y voy a deciroslo. El amor a vuestro padre ha podido más que mi amor. Entre dos hombres, de los cuales el uno podía dar libertad a vuestro padre, y el otro sólo podía dar su vida por vos, el más poderoso puso precio a su protección...

GABRIELA

¡Oh, basta!

AUBIGNY

No digo que seáis culpable, Gabriela. Digo que no os habéis atrevido a negar al Duque la entrevista que solicitaba. Al despedirse de vos escribió este billete y lo

arrojó por la ventana. Esto es lo que yo creo. Confesad que fué así, y os perdono.

GABRIELA

¡Gracias, Raul, porque veo que me amáis tanto que aún queréis engañaros a vos mismo! Pero no acepto esa disculpa que me ofrecéis. Después de la promesa que os hice, si hubiera recibido al duque de Richelieu no tendría perdón. Pero ni él ha solicitado esa entrevista, ni yo he vuelto a verle. Puedo probarlo hasta la evidencia.

AUBIGNY

¿Cómo?...

GABRIELA

¿Decís que ese billete es del Duque?

AUBIGNY

Él mismo lo arrojó por la ventana.

GABRIELA

Rogaré al Duque que venga. Os ocultaréis en esa habitación y oiréis nuestra conversación sin perder una sílaba. Y si el duque de Richelieu me ha visto desde ayer a las ocho de la noche, podéis creerlo todo.

AUBIGNY

Yo no me hubiera atrevido a pedir os esa satisfacción, Gabriela. Pero me la ofrecéis y yo la acepto. Acaso hay oculta una infamia en todo esto, que debemos esclarecer.

GABRIELA

Yo os lo aseguro. Pero os lo ruego, ni un movimiento, ni una palabra que pueda infundir sospechas de que nos escucháis.

AUBIGNY

¡Por mi honor!

GABRIELA

¡Sois un loco!

AUBIGNY

No os costará mucho trabajo convencerme. No es posible que me engañéis y ya os creo.

LACAYO

(Anuncia.) ¡El duque de Richelieu!...

GABRIELA

¡El Cielo le envía! En seguida... (Sale el lacayo.)
Ocúltate, Raul, y no olvides tu promesa.

AUBIGNY

Tu mano, Gabriela.

GABRIELA

Merecías...

AUBIGNY

Tu mano. (Sale.)

ESCENA III

GABRIELA DE BELLE-ISLE y el DUQUE
DE RICHELIEU

GABRIELA

Llegáis a tiempo, señor Duque...

RICHELIEU

Saludo a mi encantadora amiga que se digna recibirme a tal hora, cuando me presentaba sin esperanza de veros...

GABRIELA

Me disponía a llamaros, señor Duque.

RICHELIEU

No creí ser tan dichoso.

GABRIELA

Señor Duque...

RICHELIEU

Decid.

GABRIELA

Perdonad, pero he de pedir os una seria explicación de algo que atañe a mi honra.

RICHELIEU

¿Vuestra honra? ¿Quién osa ofenderla? Hablad... Yo estoy aquí para protegeros... Hablad.

GABRIELA

Se trata de una apuesta que hicisteis.

RICHELIEU

En efecto. Sí, lo confieso. Pero yo os amaba antes de esa apuesta. Desde que os vi, mi corazón fué vuestro. Por eso os seguí a París, a Versalles; por eso vine aquí... Sólo por vos; lo juro. Dos locos como yo me propusieron una apuesta, que yo acepté; pero sin que para nada se tratara de vos. Nadie pronunció vuestro nombre. Se trataba de la primera mujer que pasara... Pasasteis vos... Había empeñado mi palabra... La casualidad hizo que mi amor fuera cómplice de mi amor propio... Esta es la verdad, toda la verdad. Si cometí una falta fué involuntaria, y espero que me perdonaréis.

GABRIELA

Ciertamente, señor Duque, que os perdonaré, aunque

habéis de convenir en que si he perdido la dignidad de mi rango y de mi fortuna y sólo me queda un nombre honrado y sin tacha, es una crueldad ver que mi honra, que debía merecer el respeto de algo sagrado, pueda servir de juguete a ociosos cortesanos, que no pudiendo destruirla pretenden por lo menos empañarla. Agradecida por cuanto habéis hecho en mi favor, señor Duque, aunque ahora sepa la verdadera causa de vuestra benevolencia, que yo creí desinteresada, os perdono esa apuesta con una condición: que me expliquéis cómo este billete ha sido arrojado esta noche por esa ventana. Leed, señor; leed...

RICHELIEU

Es inútil, le conozco.

GABRIELA

¡Lo conocéis!...

RICHELIEU

¿No es de mi puño y letra? Aunque quisiera negarlo, ¿no es ésta mi firma?

GABRIELA

¿Vos habéis escrito este papel?

RICHELIEU

Yo, sí, lo confieso.

GABRIELA

¿Y vos lo arrojasteis por esa ventana?

RICHELIEU

Por esa ventana.

GABRIELA

¿Y a quién?

RICHELIEU

¡Qué sé yo! A quien lo esperaba sin duda.

GABRIELA

¿Y estabais aquí, en esta habitación?

RICHELIEU

Ciertamente.

GABRIELA

Pero no estaba yo.

RICHELIEU

¿Que no estabais vos?

GABRIELA

¿Qué decís? ¿Que estaba yo aquí?

RICHELIEU

Sin duda.

GABRIELA

¿Yo?

RICHELIEU

Vos, sí; vos.

GABRIELA

Mentís, señor Duque.

RICHELIEU

¿Que yo miento?

GABRIELA

Sí, mentís; mentís infamemente.

RICHELIEU

Perdonad. Pero cuando es una mujer quien habla así a un hombre, no puede responder más que retirándose.

GABRIELA

¡Oh! No saldréis así. Porque os llaméis Richelieu, porque seáis dos veces duque y grande, no os está permitido, por ganar una miserable apuesta, en que creéis com-

prometido vuestro honor, calumniar así a una mujer. Y cuando a esa mujer sólo le queda en el mundo el cariño del hombre que ama, que por vuestra calumnia pierda el amor de ese hombre. Ved que invoco vuestro nombre, vuestra nobleza, vuestro honor..., del que tendré derecho a dudar, señor Duque, si no decís la verdad. Y la diréis ahora mismo, delante de mí, a quien habéis ofendido. Y no dudaréis en decirla porque soy mujer y estoy sola y nadie podrá creer que es el temor el que os obliga a desmentiros de cuanto habéis dicho.

RICHELIEU

Tenéis razón. He debido fingir que he perdido. ¿Queréis que yo le escriba al caballero diciéndole que hallé cerrada esa puerta, y que por lo tanto la carta que escribí no significa nada? Confesaré que he perdido, estoy pronto a complaceros. No quiero que por mi loca vanidad perdáis un casamiento que os conviene. Por vuestra felicidad no vacilo en sacrificar la mía. Es lo menos que puedo hacer por vos.

GABRIELA

¡Señor Duque!... Es una maldad del infierno lo que decís. Nunca pensé que cupiera en corazón humano. No, no es una carta lo que yo pido, no es una mentira; es la verdad, la verdad ahora mismo. Confesad que cuanto habéis dicho es falso; que lo habéis dicho faltando a vuestro nombre, a vuestro honor... Que me habéis calumniado, sí, calumniado cobardemente... No mido las palabras, las digo como la indignación me las inspira. Si, diréis todo eso, y aún no respondo de no despreciaros. Pero estad seguro de que os perdono.

RICHELIEU

(Bajo.) Comprendo... ¿Por qué no dijisteis que alguien nos escuchaba?

GABRIELA

Nadie nos escucha... Estoy yo sola. Responedme a mí.

RICHELIEU

Si estáis sola, como decís, si es verdad que nadie nos escucha, sólo puedo responderos que yo creía conocer algo a las mujeres, y estaba en un error, porque cada día aprende uno con ellas algo nuevo, y a vos muy señaladamente os estaba reservado el honor de darme la lección más completa que he recibido nunca.

GABRIELA

Basta, señor Duque. Salid...

RICHELIEU

Obedezco. Pero no pierdo la esperanza. Volveré esta noche a la misma hora que ayer, y acaso sea mejor recibido. (Sale.)

GABRIELA

¡Dios mío, Dios mío!

ESCENA IV

GABRIELA DE BELLE-ISLE y el CABALLERO DE AUBIGNY

AUBIGNY

¿Y ahora?

GABRIELA

¡Oh!...

AUBIGNY

Hice cuanto dijiste. Me oculté, he escuchado, lo he oído todo y he podido cumplir mi palabra. ¿Estáis satisfecha?

GABRIELA

¡Raul!...

AUBIGNY

¡Dejadme!...

GABRIELA

Escuchad... Teniais razón en temer. Vuestros presentimientos eran fundados. La fatalidad nos persigue, tanto a vos como a mí, Raul, pero no me dejaréis así. Soy víctima de una infamia, de una maquinación, de un odio que me persigue y me envuelve y me ahoga... ¿Podéis creer que en una hora puede olvidarse toda una vida de virtud? ¿Que sea yo tan infame? ¡Oh! Si a mí me dijeran que habias cometido una infamia, un crimen, cualquiera que fuese el que me lo dijera, os lo juro, Raul, no lo creería.

AUBIGNY

Pero el Duque entró aquí; no podéis negarlo.

GABRIELA

No lo niego.

AUBIGNY

De esta habitación pasó a la vuestra.

GABRIELA

Es posible...

AUBIGNY

¡Ah, lo confesáis por fin!

GABRIELA

¡Sí; lo confieso. Pero no sabéis, no podéis saber...

AUBIGNY

Entonces queréis decir que no estabais aquí, que no pasasteis aquí la noche...

GABRIELA

¡Raul! He hecho un juramento sagrado, no puedo deciroslo, lo he jurado.

AUBIGNY

¿Y no habrá nadie que por compasión de vos y de mí os releve de ese juramento?

GABRIELA

¡Sí; decís bien! Ha sido una inspiración del Cielo. Cuando esa persona sepa la infamia de que me acusan permitirá que os lo diga todo. Entonces sabréis, lo sabréis... *(Llaman y sale Marieta.)* La señora Marquesa de Prie, ¿dónde está? Decidla que deseo verla al instante, que yo se lo suplico.

MARIETA

La señora Marquesa marchó a París esta mañana con el señor duque de Borbón, y no regresará hasta la noche. *(Sale.)*

GABRIELA

¡Es la fatalidad! Esperad a la noche, Raul. Esta noche sabréis todo; no os marchéis, yo os lo juro...

AUBIGNY

¡Sí; tenéis razón, es la fatalidad. Ayer dejasteis el hotel para instalaros en el palacio; acudo a veros y, por primera vez en mi vida, mi presencia es enojosa y sólo deseáis que os deje... Me prometisteis que no veriais al Duque, y apenas había yo salido entraba él. Hace un instante negabais que hubiera venido, y ahora confesáis que es muy posible que haya permanecido aquí hasta la madrugada. Decís que no estaba en estas habitaciones, y no podéis decirme dónde estaba. Os liga un juramento, un juramento sagrado; me decís que una sola persona puede relevaros de ese juramento, una sola, y

esa persona no está aquí. Tenéis razón, es fatalidad. Fatalidad tan extraña, que no puedo creer en ella, y no os creo.

GABRIELA

¿Qué puedo deciros, Raul? Todo se vuelve en contra mía. Ya hubiera perdido la vida, si de mi vida se tratara como se trata de mi honor. Pero aun en peligro de muerte, no faltaria a mi juramento. Si no creéis en mí, dejadme, Raul; no os detengo.

GABRIELA

Escuchad, Gabriela. Yo sé que ese hombre es capaz de todo, y ha podido conseguir su propósito por medios infames: por la violencia o por la astucia. Confesadlo así y os perdono. Le mataré y quedaré satisfecho. Decidme que fué así y lo comprenderé todo; pero no me habléis de una astucia imposible, de un juramento en que no creo. Decidme algo que tenga una apariencia siquiera de verdad. Algo en que yo pueda creer, si no queréis que me vuelva loco y muera desesperado maldiciendo de vos y de Dios. ¡Por piedad, Gabriela, os lo pido de rodillas, decidme la verdad, la verdad!

GABRIELA

No puedo deciros lo que no es. Desde ayer a las ocho no he visto al duque de Richelieu.

AUBIGNY

¡Basta ya!

GABRIELA

¡Por piedad!

AUBIGNY

¡Dejadme, dejadme!...

GABRIELA

¡No saldréis!

AUBIGNY

Por última vez. ¿Confesáis la verdad?

GABRIELA

¡No puedo decirlo!

AUBIGNY

Entonces que Dios os perdone. Yo no podré nunca perdonaros. *(Sale.)*

GABRIELA

¡Dios mío, Dios mío! ¡Tened piedad de mí! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO TERCERO